

GABRIEL MIRO

«SIGÜENZA» Y LA ETERNIDAD

LA calle estaba roja de vendaval, y Sigüenza niño, en aquella puerta que dividía la zona de la vulgaridad de la zona del amor doliente, se detuvo. Ya no quedaba nadie en la casa. Sus vecinos, dos amantes “ella, con su trenza de luz descolorida”—, habían muerto... Y Sigüenza, encendido de desconsuelo, cogió el aldabón y llamó. Sonó dentro de la casa el golpe seco, náufrago, y en la calle se dilató un recelo tembloroso.

Pero no contestaría nadie a aquella gran llamada y Sigüenza no sabía qué guardaban las paredes que vieron el amor de los ausentes.

Todo ha cambiado. El tiempo que alejó a Sigüenza de sí mismo, ha variado las circunstancias. Tan es así, que ya sabe el misterio de la casa inútilmente golpeada en su niñez. ¡Ahora sí que ha llamado con fuerza en ella! ¡qué aldabonazo tan hondo, el suyo! Ya conoce Sigüenza el misterio de las sombrías habitaciones, el misterio de la trenza de luz, el secreto afán que consumía al amante.

Por breve que fuera el encuentro, ¿cómo olvidar a Sigüenza? De una carta pequeña, a un libro eterno: y de aquí, a la realización del más puro anhelo: dialogar con él.

Camino de Sigüenza, de su área de quietud, nos sentíamos batidos por las imágenes que rezumaban sus obras. No encontrábamos la palabra, el ademán preciso para atestiguar el desvelo admirativo de nuestra alma. Si-



güenza se nos ofrecía desde su callada altura, desde su cumbre; y el viento, Dios, era suyo.

Primero, con la presencia humana, desligada —voluntariamente—, de la obra, vino un torrente de claridad. La figura era clara, firme, un algo triste. Tenía una mirada diáfana, desde cuyo fondo Sigüenza seguía llamando a la eternidad. Cabeza leal, con sonrisa delgada. ¡Manos delicadas entre las que el hierro del aldabón parecería más negro! Y oímos la voz de Sigüenza: amplia, persuasiva, de suave pulcritud. ¡Cuántos libros maravillosos conocemos en unas horas! Amamos para siempre aquel hogar en el que aparecimos tímidamente, y al que volvimos tantas veces.

¿Detalles? No. Insinuemos solamente lo que de inolvidable tuvo el encuentro. En torno del Poeta había unas mujeres apacibles, enamoradas de él; eco discreto de su voz, de su ademán, de su sonrisa... Una muchacha en cuyos ojos tan grato recuerdo tienen los del padre; una dorada muchacha de acendrado sueño.

Todo lo llenaba Miró de su luz. Sus pupilas, ahogadas de belleza, salían del mar como los marineros que cantan a sus novias de la tierra, desde el barco. ¡Ifach! Guardamos de esta roca que tanto aparece en las obras de Miró, una imagen fechada por su mano. Y con un libro que amplía aquella dedicatoria, hay algo muy preciado: la figura de Sigüenza cuajada de penumbra mediterránea, en su laboratorio de belleza de Madrid, frente a la sierra fría que no cobija a ningún mar.

Gabriel Miró era puro. De su vida no arrancaron maldades, de su obra sólo fluyeron armonías. Ensimismado, dueño de su irrealidad y de su concreción, sacudió las vértebras del idioma con la apretada corriente de sus poemas.

Cuando se juzga al artista, su obra íntima, su corazón, ofrece poco interés. No así en este caso. Sigüenza era humano y en el calor de su hogar vivía sobre la cumbre de su lirismo con la seguridad que en los estíos recorría Aitana.

Sólo ahondando en la emoción remota, ha vuelto a llamar con fuerte aldabonazo en la cerrada puerta de los enlutados.

Ya sabe lo que hay dentro. Ya vive allí. A los remansos profundos de su vida, ha bajado el arcángel que abre cicatrices de luz en el mar.

Cartagena 31 Mayo 1930.

(*Sudeste*, n.º 1, julio, 1930).



sudeste



Gabriel Miró, alto prosista, con cuya muerte pierde uno de sus valores definitivos la literatura española.

SUMARIO: Gabriel Miró. Sigüenza y la eternidad, por Carnicr Conde.—Gabriel Miró, por José Pérez Bojart.—Caja de sorpresas, versos de A. Para Vico.—En el Arrabal de las Almunias. Aljulia la milenaria, por José Ballester.—Sol de mediodía, versos de Juan Lacomba.—Vida, por J. Rodríguez Cánovas.—Vertical, por Antonio Oliver Belmás.—Vicente, poesía de F. Martínez-Corbación.—Puntos de vista, por Luz Lafuente.—Esquemas líricos, poesías de Miguel Gimeno Castellar.—Vela al viento, por Luis Albertos.—Poesmas, por M. López.—Libros - Arte, por Antonio Oliver y J. Ballester.—Portada: Gabriel Miró, dibujo de Luis Garay.

Múrcia - Julio - 1930

Cubierta facsímil de la revista "Sudeste" (n.º 1) dedicada en parte a Miró (Murcia, julio 1930)

UNIVERSIDAD DE
MURCIA

